



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Miseria de los salarios

Mientras suben los precios

EN estos comienzos del año que el Caudillo ha recibido con preocupación visible, asistimos a una intensificación de la miseria del pueblo español. Tal realidad está siendo reconocida y proclamada en todos estos días por los periódicos y por las declaraciones de hombres del régimen, que acusan una continua y rápida subida de los precios, y señaladamente de los que corresponden a los artículos de primera necesidad. Si los precios están subiendo desde hace tiempo mientras los salarios han permanecido invariables, es evidente que el nivel de vida —o de miseria— de quienes en España viven de su trabajo, no solamente no progresa sino que está en franca regresión.

Al reconocer el hecho aquella Prensa dirigida, como también el propio Caudillo y, últimamente, su ministro de Comercio, pretenden aparentar extrañeza y declaran que no hay razón para la subida. Ocurrió esto cuando el propio Gobierno anuncia un nuevo aumento en el precio oficial de la gasolina sobre el que recientemente efectuó. Pero si el Gobierno, verdaderamente, cree que los comerciantes y los especuladores no tienen razón, es cosa de notar la impotencia o la tolerancia que muestra ante ellos después de tanto haber empleado los carceleros y los verdugos contra tantísimos españoles honestos. Es verdad que, en cambio, inspirando notas periodísticas, invita al público a resolver el problema «denunciando en vez de murmurar» y quejándose de los «chistes, colmos, parecidos y calumnias» que circulan a este respecto.

Hace poco, en su correspondiente mensaje de fin de año, el ministro de Trabajo, apuntando una esperanza de subida de salarios, decía que «Francisco no permitirá que se entreabra la puerta de la desesperación de los trabajadores para que penetre por ella la subversión». Ahora, el ministro de Comercio ha hablado también de la pertinencia de una mejora de los salarios. Pero —un infranqueable «pero»— ello ha de ser a condición de que esa mejora no determine inmediatamente otra subida de precios. Y ante ese «pero» están detenidas las intenciones del Caudillo y de sus ministros, mientras la miseria aumenta entre los trabajadores, sacrificados a las altas especulaciones de la economía del régimen en sus relaciones con la inflación.

Cuando, por causas perfectamente explicables, se ha producido en otros países un aumento en los precios, la presión libre y justamente ejercida por los trabajadores ha determinado un reajuste de salarios cuya elevación no ha ido enteramente a aumentar de nuevo los precios de los productos del trabajo, con lo cual nada se hubiese adelantado. El incremento de los salarios ha absorbido una parte de los márgenes de ganancia disfrutados por los empresarios. Así, cada reajuste es un paso dado en la justicia social hacia una reducción de las diferencias económicas, tanto más abusivas e inmorales cuando la clase trabajadora vive —como es el caso de España— en una inhumana miseria, en contraste con el lujo ostentoso de la clase dominante.

Pero en España, esta clase dominante no está dispuesta a dejarse reducir voluntariamente sus márgenes de lucro. Por otra parte, el poder del Estado es incapaz para imponerle esa reducción, porque los traficantes son el régimen mismo. Y para que los trabajadores no puedan coordinar sus fuerzas ni emplearlas en la defensa de su pan, se mantiene una inmensa organización policíaca que vive sobre el trabajo de sus vigilados y agrava aún más la economía nacional.

De esta manera, no queriéndose reducir el lucro de los explotadores y no existiendo un efectivo aumento de la producción, que el régimen no ha sabido lograr, la subida de los salarios se presenta como una causa que determinaría un empuje más a la inflación, de la cual se pretende hacer víctimas solamente a la clase trabajadora sobre cuyos salarios estabilizados ejerce una continua y efectiva desvalorización. Porque, aun sin tocar a los salarios, la inflación está en marcha; y por sí para fomentarla no hubieran bastado la incapacidad y la inmorales del régimen, ahí está el dinero norteamericano que, sin haber creado riqueza en el país, ha hecho un gran número de consumidores parásitos o prácticamente improductivos, rarificantes y enriquecedores de la producción consumible.

Entretanto, los trabajadores españoles continúan el descenso en la escala de su miseria, cobrando sus cortos salarios en el cada vez menos válido dinero del régimen; en esos billetes cuya fabricación aumenta cada día, y en esas monedas en las que, con el gozoso asentimiento de sus arzobispos, el Caudillo hizo acuñar sus poderes como recibidos; «por la gracia de Dios»!

De España

La mosca en la sopa

La técnica de la subversión. — El Caudillo, en su mensaje de Año Nuevo, ha tenido genialidades que merecen ser subrayadas. No lejos del comienzo, define la técnica de la subversión diciendo: «Desgraciados los pueblos que no tengan virtudes con que resistirlos —la guerra fría y la conspiración—. Los males no vendrán, como en las viejas contiendas, de fuera adentro, sino todo lo contrario: primero se alcanzará la subversión interior y la acción militar constituirá el epílogo.»

Nadie como el Caudillo para hablar de estas cosas con autoridad y experiencia. El está donde está, precisamente, por una subversión interior previa y un epílogo militar ayudados por la acción militar indígena y foránea, y el mismo método puede expulsarle del poder. Tiene ahora ser expulso del poder, incluso correr la dura suerte del Duce, a causa de la subversión interior de la juventud, de la Universidad, del descontento de la clase obrera, de la mesocracia marginal, de los pequeños artesanos, comerciantes y agricultores. Lo teme, sobre todo, porque las iras de la nación han contaminado a una buena parte del Ejército nacional. Los dedos se le vuelven huesos y al providencial Caudillo... ¿Y quién con más auto-

ridad y experiencia puede hablar de estas cosas? A tanto equivale mentar la soga en casa del ahorcado.

El sabrá por qué. — Las angustias suelen ser indiscretas. El Caudillo sufre ya el complejo del miedo político. Si no cura pronto mirará debajo de la cama para ver si allí anida el Diablo, como le sucedía al temeroso, exorcizado y encanizado Carlos II, postrera calamidad fisiológica de los Austrias de España. Es ese miedo, aniquilante de la voluntad más valiente, el que le hace decir al Caudillo en su ya mencionado mensaje de Año Nuevo: «El enemigo acecha las ocasiones para penetrar. Por ello el lema de nuestra unidad sin fisuras. Ser fuertes ante la amenaza. La unidad, con todos los defectos humanos que pueda tener.»

El mundo está en paz. Rusia ha hecho el gesto de arrebatarse las cosas al Caudillo para que entrase en la ONU, como prenda incuestionable de los buenos propósitos de paz que animan a los Soviets. Interiormente, nadie se mueve aparte las lenguas de los oídos y de los descontentos. ¿Dónde está, pues, ese terrible enemigo que acecha? Portugal

En el umbral del año 1956

ADMIRO a los jugadores de ajedrez, juego que desconozco de modo absoluto, como casi cuantos ha descuido el hombre para entretenerse. Mis ojos los amenizo conversando, si estoy en tertulia, y tarareando o silbando, si me encuentro solo. Dichos juegos se inventaron sin duda para gentes no imaginativas, obligadas a sustituir con fichas y barajas los inagotables encantos de la fantasía y la recordación.

Ajedrez simbólico

Mi singular estima por los ajedrecistas proviene de considerarlos jugadores que saben perder, resignándose filosóficamente cuando la derrota sobreviene; del impresionante silencio que guardan, y de las dilatadas meditaciones a que se entregan. Puesta la mano sobre una figura, piensan largamente y cuando al fin deciden mover la pieza asida, desisten del intento y vuelven a reflexionar.

Presumo que el reglamento no fija tiempo máximo a ninguna jugada, cual se le limita al torero en la suerte de matar. Acaso sea placer supremo de los ajedrecistas el que ningún cronómetro rijan sus dudas y vacilaciones. El ajedrez procede de Oriente donde el tiempo, que allí carece de valor, jamás agobió a nadie para nada. En la fiesta taurina, el tiempo, señalado con toques de clarín, constriñe al lidiador para mitigar el aburrimiento de los espectadores, mas quienes rodean curiosos a una pareja de ajedrecistas suelen estar tan embobados e impenetrables como quienes dejan transcurrir inefablemente horas y horas junto al pescador de caña esperando que algún pez muerda el anzuelo.

Don Leonardo Torres Quevedo, aquel hombre alto y ancho, precursor del automatismo mecánico que está a punto de ocasionar una revolución industrial superior a la producida por la máquina de vapor; aquel sabio español, siempre sombrero en su modo como si quisiera saludar a cuantos se le cruzaban en la calle aun cuando nadie le saludase a él, que sentó con su «telekino» el principio de la dirección del movimiento a distancia, ahora base de los proyectiles teleguidados; aquel transeúnte de andar bamboleante ennoblecido más el ajedrez construyendo un autómata que lo juega con maestría y es caballeroso hasta el punto de avisar —no tocando el clarín sino encendiendo luces— las equivocaciones del adversario, dejando de contender con éste si las repite tres veces, por considerarle de infima categoría. El autómata de Torres Quevedo reputa el ajedrez juego de hombres talentados y señoriales al que no debe tener acceso cualquier quidam de poca mollera, y por eso, sin enojarse, sin hacer chirriar en expresión de enfado ningún resorte metálico, abandona desdénosamente al ignorante. Es decir, el «robot» le da al ajedrecista torpe los mismos tres avisos que el presidente

de la corrida al estoqueador desmañado. El tresillo, del cual tampoco tengo idea, debió de ser menos distinguido, pese al rito de hacer reverencias al encargado de dar las cartas. Yo solía darme un golpe de cabeza cuando me acordaba de dar las cartas. Yo solía darme un golpe de cabeza cuando me acordaba de dar las cartas.

Por Indalecio Prieto

verirme presenciando los ademanes de salud, con cabeza y manos d e un carbonero bilbaíno, cuya cara tiznada y cuya blusa sucia daban tono grotesco a sus extremadas cortesías hacia el sañe, el barbero y el ebanista, compañeros de partida, cuando les entregaba los naipes. Aquel cuarto, más adecuado que para el tresillo, parecía para el ajedrez, entretenimiento propio de gente astuta, a juzgar por la afición que en tierra vasca le tienen campesinos y curas. Estoy seguro de que Torres Quevedo, ni aprovechando a los hubiese podido idear muñecos para vencer en el mus a un labriego o a un abad de aquel país...

Cuanto va dicho se enlaza, aunque en notoria digresión, con la siguiente noticia expedida desde Londres y que los periódicos nos brindaron a fines de diciembre: «Jakob Malik, embajador ruso cerca de la Corte británica, inauguró

el Congreso Internacional de Ajedrez en Hastings haciendo la primera jugada de la partida que sostuvo el campeón español José María Díez del Corral. El embajador quiso simbolizar así, según dijo, la forma en que el ajedrez derriba las barreras internacionales.»

Los rusos gozan fama de buenos ajedrecistas y Malik acaso lo sea. Pero sus dotes de cínico superan a las de jugador de ajedrez. Oyéndole esas palabras con que quiso simbolizar la concordia entre el Kremlin y El Pardo, cualquier democrata español se habría apoderado del tablero para estampárselo en la cabeza. Por guarro.

Signo de los tiempos

Al manifestarme así, no es por creer que Jakob Malik constituya un caso excepcionalísimo de guerrilla internacional. En la misma política se revelan con él sus jefes moscovitas y los directivos del comunismo español, afanosamente dedicados a justificar y aplaudir el cochino acto de Rusia abriendo a Franco las puertas de la ONU. Pero esos pobres diablos inspiran más lástima que asco. No son hombres; son peces. Y como peces resultan inferiores al «robot» de Torres

(Pasa a la segunda pág.).

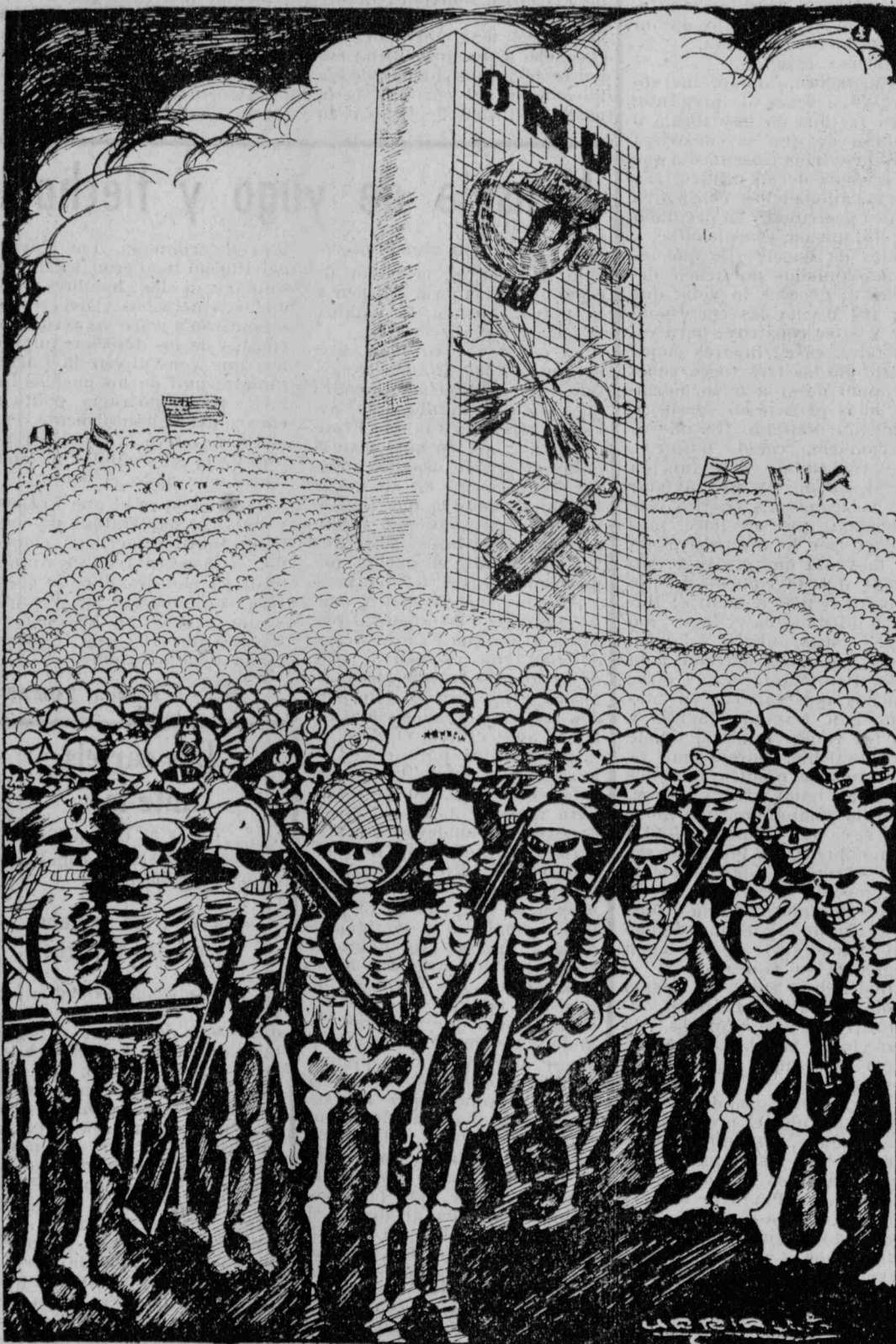
Importante huelga estudiantil en España

El miércoles 11 de enero se desencadenó un movimiento huelguístico en la Escuela de Ingenieros industriales a raíz de un conflicto sobrevenido con el ministro de Educación, señor Ruiz-Ciménez, con motivo de la entrega de diplomas de ingeniero a estudiantes de la Universidad de la sección de Química industrial. En dicho día se lanzaron al movimiento 500 alumnos ingenieros de Madrid, Bilbao y Barcelona.

Se les sumaron el jueves un millar de estudiantes de las Escuelas de Montes, Minas, Aeronáutica, Telecomunicación, Agronomía, Geografía y Navegación. Esta extensión alcanzó a las nueve Escuelas de Ingenieros dependientes de la Universidad de Madrid, habiendo rehusado asistir a los cursos más de 1.500 estudiantes.

LOS MUERTOS HABLAN

Por ARRIBAS



¿Y para esto dimos nuestras vidas por la democracia?

(De «Adelante», de Méjico.)

Sepulcros blanqueados

Mensaje de yugo y flechas

Por Pascual Tomàs

FRANCO ha recitado su mensaje de Año Nuevo. Al contrario de en ocasiones análogas, el espacio consagrado al examen de la situación internacional es limitadísimo. Todo el peso del discurso ha tenido una sola dirección: reclamar de todos los españoles que se nieguen a sí mismos, sometiendo pensamientos y acciones propias a las directrices que le señala el «genio creador» del Caudillo.

De las palabras pronunciadas por éste se desprende el miedo y la intranquilidad que dominan a los que usurpan los poderes en la España mártir. Franco ha declarado: «Hoy tengo que prevenir de un peligro: con la facilidad de los medios de comunicación, el poder de las ondas, el cine y la televisión se han dilatado las ventanillas de nuestra fortaleza. El libertinaje de las ondas y de la letra impresa vuelan por los espacios, y los aires de fuera penetran por nuestras ventanillas viciando la pureza de nuestro ambiente. El veneno del materialismo y de la insatisfacción quiere asomarse a los umbrales de nuestros hogares.»

Sólo cuando se tiene la convicción íntima de la responsabilidad directa en la ejecución de hechos delictivos puede un hombre —que no España— expresarse como lo ha hecho Franco. La propaganda metódica de la propaganda inmodica de la letra impresa los pueblos donde el respeto a las libertades humanas está garantizado. Quienes abusan de las libertades ajenas para intentar alcanzar sus finalidades crápulosas, niegan el derecho a que la Verdad pueda ser sembrada por manos conscientes en los pueblos que tiranizan.

Es ese el régimen que ha ingresado en las N.N.U.U. Franco conoce la gradación de desprecio y de asco que su régimen merece a los españoles. Siente y valora la profundidad del descontento nacional. Quiere contener el desmoronamiento de la pirámide falangista. Por eso reclama de quienes considera vasallos la máxima unidad. «El enemigo clamó el Caudillo— acecha

las ocasiones para penetrar. Por eso el lema de nuestra época tiene que ser el de la unidad sin fisuras. Ser fuertes ante la amenaza. La unidad con todos los defectos humanos que pudiera tener.»

¿Quién o quiénes pueden producir fisuras en el seno de la España imperial falangista, provocando los peligros y amenazas que hoy reitera el propio Caudillo? «ABC» descubre en parte la incógnita al declarar: «El peligro de las fisuras está donde estuvo siempre; allí donde un sistema político de complacencia, un sistema pactista de frentes populares de cualquier color de centrismo tibio, de tercera fuerza, ha conspirado siempre contra la unidad, la grandeza y la libertad de España.»

Entre el conjunto de elementos que señala «ABC» no figuran las fuerzas representativas de la democracia española. Sólo se mencionan nombres y fuerzas que dejaron de serlo al someterse al servicio de la dictadura y que ahora, avergonzados del inútil parricidio cometido contra la madre patria en 1936, tratan de salvar su nombre del deshonra y de la infamia. Entre esas fuerzas que sin precisar esas fuerzas, figura la Iglesia. La labor de reclutamiento que ésta realiza, es un secreto a voces. Sus palabras en defensa de la libertad de expresión se saben canalizadas hacia su molino propio. Esas limitaciones de acción que la Iglesia se impuso —preventivas y no de combate— en su enemiga la dictadura, tienen también respuesta en el mensaje de Franco cuando éste declara: «Que nuestra política, sirviendo al interés común de los españoles, ha servido a los de la

Iglesia española, es evidente.» El recordatorio tiene una finalidad concreta. Reiterar públicamente a la Iglesia la obligación que tiene contrada de servir al régimen falangista a cuya sombra se han agrandado y de qué manera, los privilegios de la Iglesia católica.

Negando la propia evidencia y negando a su vez las declaraciones publicadas en las revistas económicas con censura franquista, Franco ha declarado: «Restauramos nuestra economía y transformamos nuestra nación a un ritmo y en una escala jamás conocida en nuestra patria y logramos que el ser español sea algo que en el mundo se admire y se respete.»

La economía española que Franco afirma haber restaurado tiene estas realidades: No hay en España un solo obrero, ni un solo empleado, ni un solo funcionario —salvando de estos últimos el escalafón de privilegios— que no se vean obligados a trabajar jornadas superiores en un 30 y en un 50 por 100 a las que trabajaban antes de la dictadura. Solamente a las puertas de Madrid y en el centro de Barcelona, viven en cuevas, chozas y barracas, millares y millares de seres humanos por carencia de una habitación en relación con sus posibilidades económicas. La economía restaurada y dirigida por el franquismo ha posibilitado el alza ininterrumpida de los artículos, la persistencia del mercado negro y del fraude. Millares de españoles emigran de España en busca del pedazo de pan. Así ha sido restaurada la economía. Lo que se ha sacrificado en cambio ha

(Pasa a la segunda pág.).

Comentario

Un hombre de la «Anti-España»

La renunciación, para quienes son capaces de ella, es virtud que da placer amargo. También es amargo el placer del tabaco; pero el de renunciar es profundo y tan duradero a veces que a través de muchos años nos da aún el inolvidable recuerdo de aquello que hubimos de renunciar dolorosamente por reacción al vez heroica de la conciencia.

Podemos renunciar a lo que tenemos o a lo que se nos ofrece; a la propiedad, al derecho, al placer. Hay renunciaciones más dramáticas aun. Pensamos ahora en un hombre que ha dedicado su vida a acumular saber por el estudio y a aplicarlo por el trabajo. Un vendaval —llamémosle así— lo desentrañó de su labor y hasta se lo llevó de su patria, a la deriva, con muchos, muchísimos desterrados más. Su saber en cuestiones modernas de la Física, en coincidencia con un azar afortunado, le proporcionó una ocupación que, sobre darle medios de sustento, le devolvía, aunque en precario y muy disminuida, su amada existencia intelectual. Un día se sintió incompatible con su ocupación, no por cuestiones de probidad científica ni administrativa sino porque consideró que la entidad que lo empleaba —pongamos la Organización de las Naciones Unidas— no hacía honor con su conducta a sus principios fundacionales. Ese hombre de ciencia, que se tiene por no político, se dio entonces el amargo placer de la renunciación, muy amargo y muy hondo porque lo que sacrificaba era la capacidad adquirida en largos y nobles afanes. ¿Qué pensar de su conducta?

Quizás hemos caído en ligereza al llamar virtud a la renunciación. Tienesela también por cualidad perturbadora en la fecunda carrera de las ambiciones que empujan al mundo. Quédense, pues, al margen los tocados de retardataria dignidad, como ese general de Ingenieros y sabio miembro de la Academia de Ciencias, don Emilio Herrera, cuyo nombre está tan unido a la historia de la Aviación española. Quédense, pero no inadvertido por nosotros. Aquellas lecturas del Quijote nos hicieron sensibles a casos como el suyo. Pensamos en su juventud entre compañeros de armas que si lo emborrachaban por su afán de estudiar, lo respetaban también. ¡Vaya si lo respetaban! Pero los más eran jaraneros y divertidos. Bien se podía permitir que lo fueran a quienes, llegado el caso, habían de arriesgar su vida por la Patria. Sin embargo, ellos prefirieron tomar en sus manos la vida de la Patria misma y ofrecer lo que bien les pareció con las vidas de muchísimos españoles. Fue eso sí, por encargo de la Providencia. También debió la Providencia pensar en don Emilio; pero lo vió estúpido, cumplidor de sus deberes militares, preocupado por la dignidad, incapaz de saltar cuando conviniera a un juramento o a una palabra de honor... ¿Qué iba a hacer la Providencia con un hombre así? Bastante hizo con no dejarlo caer en manos de aquellos compañeros que —como a tantos otros— lo hubieran fusilado sin remedio. Y así, el improvisado general don Emilio Herrera, destruida la República, marchó al exilio, en donde forma parte de la «anti-España», como la llaman aquellos sus antiguos compañeros que hoy gobiernan en nombre de la Providencia con todos los fueros, con todos los honores y también con todos los beneficios y utilidades que a un ejército vencedor le corresponden sobre un pueblo vencido.

Nadie hubiera pensado que, mientras Herrera trabajaba en sus investigaciones, aquellos compañeros suyos iban para gobernantes provinciales. Menos aun se podía esperar que fueran al fin recibidos en tan legítima condición por la propia libertadora y democrática Organización de las Naciones Unidas. Y he aquí que cuando esto acontece, el general Herrera siente su dignidad en conflicto con la de tan alto organismo y no quiere ya aceptar el beneficio de sus científicos encargos. ¿Qué le queda para mañana? Acaso nada más que el derecho a sentir un honestísimo y afectuoso desdén por una gran parte de la humanidad. Pero ¿habrá pensado bien lo que ha hecho? Sin duda no lo ha pensado ni bien ni mal. Hay cosas que no son pensadas por el general Herrera, o que, por mejor decir, las tiene pensadas muy por adelantado. Son las cosas que según él, caen en la jurisdicción de la dignidad. ¡La dignidad! ¿Cómo se parece esto a España? Se parece, sí; pero a aquella España que —como ellos repiten continuamente— «no les gustaba» a los falangistas ni a los militares que hoy la ocupan. ¿Cómo podría gustarles aquello? ¡Una España que daba hombres como Herrera! ¡La «anti-España»!

Pericles GARCÍA

